

Organizar el conocimiento y facilitar el intercambio internacional de información son metas perseguidas por todas aquellas bibliotecas que cuentan con un sistema de clasificación universal, la CDU, modificada y actualizada en 2004. Pero, este lenguaje documental, con más de un siglo de existencia, ¿es capaz de adaptarse a las exigencias de los nuevos tiempos que corren?



pasado, presente y futuro

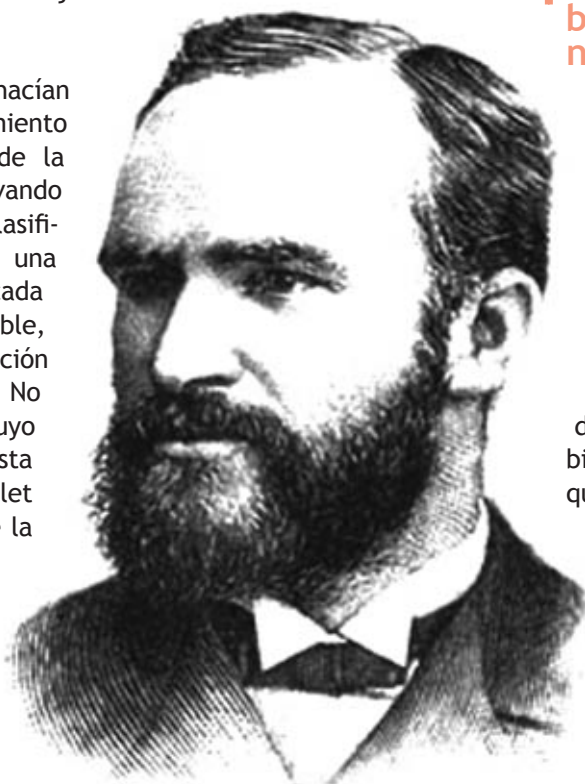
La Clasificación Decimal Universal (CDU) surgió en el último lustro del siglo XIX, en una época marcada por las transformaciones socioeconómicas y culturales que alumbró la Revolución Industrial. La nueva organización del trabajo en la industria y el creciente volumen de conocimientos imponían la especialización, provocando la pérdida de la visión general del mundo propia del humanismo aunque, paradójicamente, se acelerara la colaboración entre los investigadores y el trabajo en equipo.

Estas condiciones hacían necesario un tratamiento sistemático y racional de la información que, salvando barreras lingüísticas, clasificara y sintetizara una producción científica cada vez más incontrolable, poniéndola a disposición de los investigadores. No olvidemos que Comte, cuyo pensamiento positivista tanto influyese en Otlet -uno de los creadores de la CDU-, había desarrollado tiempo atrás su *Clasificación de las Ciencias*, donde explicaba su crecimiento e interdependencia.

La Clasificación Decimal (CDD) del bibliotecario norteamericano Melvil Dewey y la CDU de los belgas Otlet y La Fontaine constituyen, junto con las *Rules for a Dictionary Catalog*, escritas en 1875 por el también bibliotecario estadounidense Charles Ammi Cutter, los pilares maestros sobre los que se cimentará el posterior desarrollo de la Biblioteconomía y la Documentación, y, más en concreto, de los lenguajes documentales y la catalogación descriptiva, herramientas fundamentales del tratamiento

documental. En realidad, las listas de encabezamientos de materia y el producto de la indización efectuada mediante ellas –el catálogo por materias– eran el complemento de las clasificaciones sistemáticas en el ámbito de la organización y recuperación de la información.

Las dos clases de lenguajes documentales fueron el fruto de una época en la cual **la preocupación por clasificar los documentos de acuerdo**



Melvil Dewey (1851-1931)

con un esquema preconcebido para sistematizarlos con cierta coherencia llevaba a procurar que las búsquedas documentales fuesen lo más cómodas y fáciles posibles para los usuarios. Mientras que las clasificaciones estructuraban los registros jerárquicamente dentro del contexto de un esquema clasificatorio, las listas de encabezamientos y el catálogo alfabético de materias proporcionaban búsquedas directas, específicas y cómodas. La dispersión

de las materias debida a la ordenación alfabética se paliaba entonces con las consabidas referencias de “V.a.” (Véase además), que se introducían en los registros. No olvidemos que, conforme iba adquiriendo cuerpo en la mente de Dewey su sistema clasificatorio, pensaba también en un índice alfabético con referencias numéricas al lenguaje y al catálogo sistemático que se fuera formando.

El movimiento bibliotecario norteamericano

La CDD y la CDU reflejan la visión del mundo que por aquel entonces se tenía y, seguramente, la manera de estructurar la ciencia en una determinada época. En perspectiva cronológica, no es casualidad que Dewey formara parte de un amplio movimiento bibliotecario norteamericano que venía trabajando para mejorar los catálogos sistemáticos y alfabéticos de las bibliotecas. Fue en 1873, siendo todavía estudiante, cuando presentó su sistema de clasificación al comité directivo de la biblioteca del Amherst College (Estado de Massachusetts); pero lo patentaría y publicaría tres años más tarde, en 1876, un año después de que Cutter, a quien conocía –ambos habían estudiado en Amherst College– y con el que llegó a hablar de asuntos relativos a la clasificación, publicase las *Rules for a Dictionary Catalog*.

Las enseñanzas que Dewey recibiera en el Amherst College, cuyo *curriculum* proporcionaba una formación protestante, combinada con una cultura clásica y occidental, que

Dewey había concebido su clasificación para ordenar, fundamentalmente, libros en las estanterías y para organizar un catálogo sistemático con los registros que se iban generando.

transmitía verdades universales incuestionables, moldearon su mente, ya de por sí dotada para la síntesis y la organización, imprimiéndole una percepción general del acontecer histórico. Finalmente, esa misma universidad le permitió contrastar y practicar su aprendizaje al contratarle como bibliotecario, tras graduarse en 1874. Todo ello preparó el terreno para que profundizara en los temas relativos a la clasificación documental y leyera los trabajos que se relacionaban con ella. Así, entre las apreciaciones de otros autores, parece que la CDD recogía la idea de la clasificación decimal de un folleto escrito en 1856 por N. Shurtleff, empleado de la Boston Public Library.

En cuanto a la organización del conocimiento en diez clases (en principio pensó en nueve, en aras de la simplicidad del sistema), hubo influencias más o menos directas de autores diversos. Quizá el más influyente en este sentido fuese W.T. Harris, responsable de la St. Louis Public School Library desde 1868 a 1880, que había elaborado su propio esquema clasificatorio a partir de dos fuentes: las ideas de F. Bacon, quien distinguía tres facultades de la mente humana (memoria, imaginación y razón), que se plasmaban en tres categorías de aprendizaje básicas, como la historia, la poesía y la filosofía, susceptibles a su vez

de subdividirse; y las ideas de Hegel, que invirtiera la clasificación de Bacon para dar un papel de mayor relieve a la filosofía. Desde ésta, la ciencia de todas las ciencias, Harris vio una estructura natural del progreso del conocimiento, que

basado en la división del conocimiento en disciplinas comprendidas en diez grandes clases; cada una de las cuales es susceptible de subdividirse en otras diez divisiones, añadiendo un decimal para separarlas. Después, cada



iba desde la teología o ciencia de lo absoluto, al gobierno, la filología, la naturaleza (donde se incluían matemáticas, física, química y ciencias naturales), las bellas artes y las artes aplicadas, la geografía, la biografía y la historia.

Con todo este bagaje intelectual, Dewey confeccionó su sistema clasificatorio,

división puede fragmentarse en otras tantas secciones. Por medio de los decimales que vamos añadiendo, conseguimos llegar hasta las materias más específicas. El esquema quedaba completado con la inclusión, por vez primera en la época moderna, de un índice relativo inverso de materias que remitía a las tablas sistemáticas.

100 años después, la CDU es uno de los sistemas de clasificación más utilizados para vertebrar la información, no sólo en bibliotecas físicas sino también en las digitales.

Dewey desembarca en Europa y nace la CDU

Mientras tanto, en el viejo continente, dos abogados belgas, Paul Otlet y Henri Marie La Fontaine, fundadores del Instituto Internacional de Bibliografía, estaban trabajando en la creación de un sistema de clasificación y recuperación de la información capaz de abarcar el conocimiento en toda su magnitud. Habían empezado a trabajar en él en 1889, quince años después de que hubiera visto la luz la CDD. Con él pretendían arbitrar un medio para sistematizar y recuperar la información del *Repertorio Bibliográfico Universal* (RBU). En estas circunstancias, cuando tuvieron noticia del trabajo que había llevado a cabo Dewey, le escribieron en 1895 pidiéndole permiso para traducir y adaptar su sistema de clasificación para la ordenación del RBU. Dewey respondió positivamente.

A partir de entonces, los dos grandes proyectos de Otlet y La Fontaine fueron el desarrollo de la CDU y del RBU. Desde entonces, la CDU empezó a adquirir vida propia, para adaptarse al tipo de descripción del contenido informativo de los documentos que ellos querían efectuar. Dewey había concebido su clasificación para ordenar, fundamentalmente, libros en las estanterías y para organizar un catálogo sistemático con los registros

que se iban generando. Pero Otlet y La Fontaine, cuyas áreas de trabajo se centraban en la sociología, la legislación, la estadística, la economía política, la filología y la literatura, ampliaron la gama de soportes documentales que querían analizar, incluyendo los artículos de las revistas científicas y las materias con ellos relacionadas. Además, pretendían reunir por afinidades temáticas en el seno del RBU los contenidos informativos de los documentos; para representarlos y especificarlos de modo más exhaustivo, introdujeron en el esquema jerárquico las *facet* mediante los denominados *auxiliares especiales*, aparte de las generales de *tiempo* y *lugar*. **El producto del análisis documental de contenido (la clasificación de los documentos) quedaría representado en unas fichas bibliográficas legibles por todo el mundo gracias a que estaba codificado numéricamente y trascendía las diversas barreras lingüísticas. Este aspecto hacía de la CDU un lenguaje universal.**

La gestión del desarrollo y mantenimiento del lenguaje documental quedó a cargo, sucesivamente, del IIB y del Instituto Internacional de Documentación (IID), nombre que perduró hasta que en 1937 cambió a Federación Internacional de Documentación (FID). En esta época trasladó su sede de Bruselas a La Haya.

Su nombre cambió otra vez en 1986, pasando a llamarse Federación Internacional de Información y Documentación, aunque siguiera manteniendo las mismas siglas (FID).

Todos los trabajos para gestionar el desarrollo y mantenimiento de la CDU los coordinaba un Comité Central de Clasificación, secundado por una red de comités nacionales y comités especialistas en diversas materias. La lentitud y el coste de los trabajos, unidos a los problemas internos de la FID, propiciaron que ésta optara por transferir la gestión y financiación de la CDU en 1991 a un consorcio configurado por los editores de la CDU en los distintos idiomas (entre ellos la AENOR, responsable de la edición de la CDU en español) y por la propia FID, hasta la desaparición de esta organización por consunción en el año 2000. Desde entonces, el mencionado consorcio, con sede en La Haya, es el encargado del desarrollo y mantenimiento del lenguaje documental. Las modificaciones las publica anualmente en las *Extensions and Corrections to the UDC*.

La CDU, más viva que nunca a pesar de las críticas

Desde que apareciera la primera edición en francés entre 1904 y 1907, la CDU ha sido traducida a unas 39 lenguas, frente

a las 30 de la CDD; lo que constituye un claro indicador de persistencia y uso en el espacio y en el tiempo, a pesar de sus limitaciones, las críticas que sobre ella se han vertido (a veces sin fundamento), la competencia con otros lenguajes documentales, los cambios tecnológicos que han modificado las rutinas del trabajo documental, y, ya en los últimos tiempos, el impacto que ha supuesto la revolución de Internet. Hay quien achaca a la CDU la rigidez formal del esquema y la clasificación ideologizada y apriorística de determinados temas; la saturación o acumulación de áreas de conocimiento en determinadas clases o incluso su discutible inclusión e n

a lo que hipotéticamente podría ser una forma más *actual* de organizarlo; que la descripción de materias muy especializadas, sobre todo si son interdisciplinarias, resulta inadecuada...

Y sin embargo, 100 años después, la CDU es, junto con la CDD, la clasificación de la Library of Congress (LCC) y la clasificación especializada de la National Library of Medicine, uno de los sistemas de clasificación más utilizados para vertebrar la información no sólo en las bibliotecas *físicas*, sino también en las bibliotecas digitales o electrónicas de Internet, en aventajada competencia con los 35 sistemas de clasificación detectados en la red.

un ejemplo muy cercano: la versión en CD-ROM de la CDU es manifiestamente mejorable y no invita ni de lejos a su manejo.

La intensa y continuada utilización de la CDU en el devenir histórico no obedece a mera rutina, pues las críticas reseñadas carecen con frecuencia de solidez y se limitan a repetir tópicos inveterados, cuando no ponen de relieve aspectos del lenguaje documental que la CDU es incapaz de proporcionar porque, sencillamente, escapan a su naturaleza y a las funciones para las que fuera concebida.

El empleo de las *viejas* clasificaciones en los *jóvenes* entornos electrónicos obedece a que aquellas ofrecen, según Koch y Day, las siguientes ventajas:

- a) Facilitan la navegación a través del esquema jerarquizado, con o sin notación.
- b) Proporcionan búsquedas genéricas y específicas, de modo que pueden examinarse los recursos de información relacionados a lo largo de la estructura arbórea.
- c) Los términos de búsqueda se sitúan en su contexto, limitando la ambigüedad del lenguaje natural.
- d) Partición lógica de las listas sistemáticas en porciones más pequeñas si se precisa.
- e) Acceso multilingüe a la colección, gracias a las notaciones alfanuméricas.
- f) El uso compartido de un sistema de clasificación por varias bases de datos mejora la navegación y búsqueda de información por materias, dado que se adopta un mismo enfoque en sitios diversos.



Todo eso a pesar de las limitaciones que le impone carecer de una infraestructura y de unos recursos económicos comparables con los que cuentan las clasificaciones estadounidenses. Esta escasez determina que, en aspectos tales como la digitalización y propaganda acerca de su difusión, la CDU vaya muy por detrás de la CDD. Por poner

ellas; que la estructuración del conocimiento en las diez grandes clases (en rigor nueve, porque la cuarta está vacante) que presenta acaso no responda

El futuro de la CDU en el entorno electrónico

Lo que no podemos esperar de la CDU, ni de otros lenguajes clasificatorios por extensión, es que sigan utilizándose durante los siguientes decenios tal y como se hacía en el siglo pasado, puesto que en el contexto electrónico estos esquemas superan la mera organización sistemática de los registros en las bibliografías o en los catálogos sistemáticos. En el entorno electrónico, la CDU revoluciona su potencial para recuperar y organizar la información y hasta para intercambiarla de manera automática, poniéndola a disposición del usuario de manera instantánea. Con esto se **materializa verdaderamente el propósito de sus creadores que iba más allá de la mera organización sistemática del conocimiento, para abarcar el intercambio de información a escala internacional**, objetivo



que por aquel entonces no pudo alcanzarse por las limitaciones físicas que conllevaba manejar y estructurar grandes volúmenes de información en soporte papel y por las restricciones que imponían en

este entorno las búsquedas meramente secuenciales.

Pero esto implica una revisión de los actuales OPACs (catálogos automatizados) disponibles, que ni por asomo aprovechan todas las posibilidades apuntadas que brindan las clasificaciones en general, y, en concreto, la CDU, tal vez porque los profesionales de las bibliotecas y la documentación han dejado en manos inexpertas en estos temas la resolución de la organización y recuperación de la información en entornos informáticos. También ha contribuido a esa situación los deseos de reducir costes y simplificar los trabajos de elaboración de los sistemas de gestión documentales, y, cómo no, **la ausencia de una profunda revisión del lenguaje documental, que empiece, por lo menos en el caso de la CDU, por diseñar un índice acorde con los tiempos que corren.** ■

Bibliografía básica

- *A History of the UDC Systems and its Creators* [online]. [Fecha de acceso 14 de enero de 2005]. Disponible en la página web: <http://www.slais.ubc.ca/courses/libr517/02-03-wt2/projects/dewey/P1Section1.htm>
- Izquierdo Arroyo, J.M.; Moreno Fernández, L.M. (1994). *Listas de encabezamientos de materia y Thesauri en perspectiva comparada*. Documentación de las Ciencias de la Información 17 287-309.
- Moreno Fernández, L.M.; Borgoños Martínez, M.D. (2002). *Teoría y práctica de la Clasificación Decimal Universal (CDU)*. 2ª ed. Gijón: Trea.

Ficha Técnica

AUTOR: Borgoños Martínez, María Dolores y Moreno Fernández, Luis Miguel (Universidad de Murcia).
ILUSTRACIONES: AENOR.
FOTOGRAFÍAS: Revista *Mi Biblioteca*.
TÍTULO: *La CDU (Clasificación decimal universal): pasado, presente y futuro*.
RESUMEN: La clasificación decimal universal (CDU), nacida en el siglo XIX, es un sistema de clasificación que aún permanece vivo a pesar de que ha sido, y sigue siendo, ampliamente criticado por sus limitaciones. Y es que pretender que hoy se siga utilizando este lenguaje documental como se hacía hace más de cien años sería un error. Por eso se hacen imprescindibles y necesarias las constantes modificaciones a las que se somete para poder adaptar este sistema, capaz de salvar todas las barreras lingüísticas, a los nuevos tiempos que corren.
MATERIAS: Clasificación Decimal Universal, Organización de los Materiales en las Bibliotecas, Recuperación de la Información.